

Todo el fastidio, toda la fiebre, toda el hambre,
la sed sin agua, el yermo sin hembras, los despojos
de caravanas... huesos en blanquecino enjambre...
todo en el cerco bulle de sus dolientes ojos.

Ni las sutiles mirras, ni las leonadas pieles,
ni las volubles palmas que riegan sombra amiga,
ni el ruido sonoro de claros cascabeles
alegran las miradas al rey de la fatiga:

Bebed dolor en ellas, flautistas de Bizancio,
que amáis pulir el dácilo al son de las cadenas,
sólo esos ojos pueden deciros el cansancio
de un mundo que agoniza sin sangre entre las venas!

Oh artistas! Oh camellos de la Llanura vasta
que váis llevando á cuestas el sacro Monolito!
Tristes de Esfinge! Novios de la Palmera Casta!
sólo calmáis vosotros la sed de lo infinito!

Qué pueden los ceñudos? Qué logran las melenas
de las zarpadas tribus cuando la sed oprime?
sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

Se pierde ya á lo lejos la errante caravana
dejándome—camello que cabalgó el Éxidio...
Como buscar sus huellas al sol de la mañana,
entre las ondas gri-es el lóbrego fastidio!

No! buscaré dos ojos que he visto, fuente pura
hoy á mi labio exhausta, y aguardaré paciente
hasta que suelta en hilos de mística dulzura
refresque las entrañas del lírico doliente;

Y si á mi lado pasa la sorda muchedumbre
mientras el vago fondo de esas pupilas miro,
dirá que vió un camello con honda pesadumbre,
mirando silencioso dos fuentes de zafiro...

GUILLERMO VALENCIA

(Colombiano).

El premio

Para Amparo Zeledón
Venegas, correspondiendo
un pensamiento suyo.

Inmensa gavilla de luz olorosa á
musgos y claveles frescos la mañana.
Fresca como los musgos.

Lucinda dejó el lecho más temprano
que nunca. Habíase levantado con los
pájaros, antes que aquel sol que iba
haciendo suaves explosiones de esme-
ralda y plata en las brisnas florecidas
de rocío, en los follajes, en el río, en
todo.

Afanosamente la pequeña pasó y re-
pasó las hojas del silabario:

—«A-la. Ala».

A cada lección sabida, una risa de

crystal, armoniosa y dulce, se regaba
por el campo como una fragancia, tre-
paba la ladera á cuyo pie se erguía la
casita de techo de hojas secas é iba á
perderse allá, muy lejos.

—«El sol sale» y las miradas de Lu-
cinda se extendían en lontananza hasta
topar con el sol, con aquel tardo sol
que surgía perezoso contemplando ex-
tasiado el verde regazo de su eterna
amiga la tierra fecunda.

Al cabo todo el silabario estuvo ven-
cido; era ya tiempo de marchar á la
escuela.

Era aquel el día del examen; luego
vendrían las vacaciones, el descanso